

## FÁBULAS

I

### EL GATO MONTÉS Y LA NUTRIA

La nutria aseguró un día al gato montés que podía ella pescar, muchos más peces de lo que hacía, y que si se contentaba con pescar sólo los que necesitaba para su consumo, era porque no sabía dónde guardarlos. Agregó que le daba lástima tener que desperdiciar tanta riqueza, pero que todavía le parecía mejor dejar vivos los peces que tirarlos sin provecho para nadie.

—Asimismo, suspiró, cuánto siento no poder guardar algo de lo que hoy podría economizar para cuando la vejez me impida trabajar!

El gato, a quien tanto gusta el pescado y que casi nunca puede lograrlo, al momento comprendió que horizontes se abrían ante él, y dijo:

—Podría V. cazar los peces sin matarlos?

—¿Cómo no! contestó la nutria; casi sin lastimarlos.

—Bien; entonces, dijo el gato, hagamos un negocio. Conozco yo un vivero natural escondido entre las rocas, inaccesible para los pescadores, adonde me comprometo a llevar los pescados que V. me entregue; y allá se reproducirán de tal modo que cuando la vejez le impida trabajar, V. tendrá a mano pescado para toda la vida.

—De veras, se reproducirán tanto?

—¿Quién lo duda? contestó el gato con el entusiasmo arrebatador de un cuentista del tío. ¡Ciento por ciento! y garantido por mí! agregó, no sin orgullo.

La nutria quedó convencida; la ilusión embriaga, y contentándose con esa *garantía* que tan generosa como verbalmente le daba el gato, empezó a entregarle con regularidad, cada día, el más lindo pescado de los que había tomado.

El gato se lo llevaba; se internaba en el monte, y ¡quién, entonces, lo hubiera visto almorzar!

Cuando asomó la vejez, la nutria quiso conocer el vivero y empezar a aprovechar su reserva de pescados que el gato siempre le ponderaba. Pero un día con un pretexto, otro día con otro, el gato siempre prorrogaba la inauguración; y cuando ya no fué más posible echarse atrás, desapareció.

La nutria se convenció.—algo tarde,—que más fuerte debe ser el interés, menos seguro está el capital.



II

### LA VISCACHA Y EL PEJERREY

Una viscacha, buena persona, sin duda, pero algo corta de vista y de ingenio, andaba un día, a la oración, buscándose la vida en las riberas de un arroyo. Al mirar las aguas, quedó de repente asombrada: le había parecido ver moviéndose en ellas un ser vivo, lindo, al parecer, ágil, plateado. Pronto se convenció que, efectivamente así era, y que un animal vivía de veras en el elemento líquido.

Si su primer movimiento había sido de asombro, el segundo fué de compasión. Llamó al animalito que había visto en el agua, y éste, un lindo pejerrey no se hizo rogar para venir a conversar un rato;—todos saben cuánto les gusta conversar a los pescados—y sacó afuera del agua su cabecita brillante.

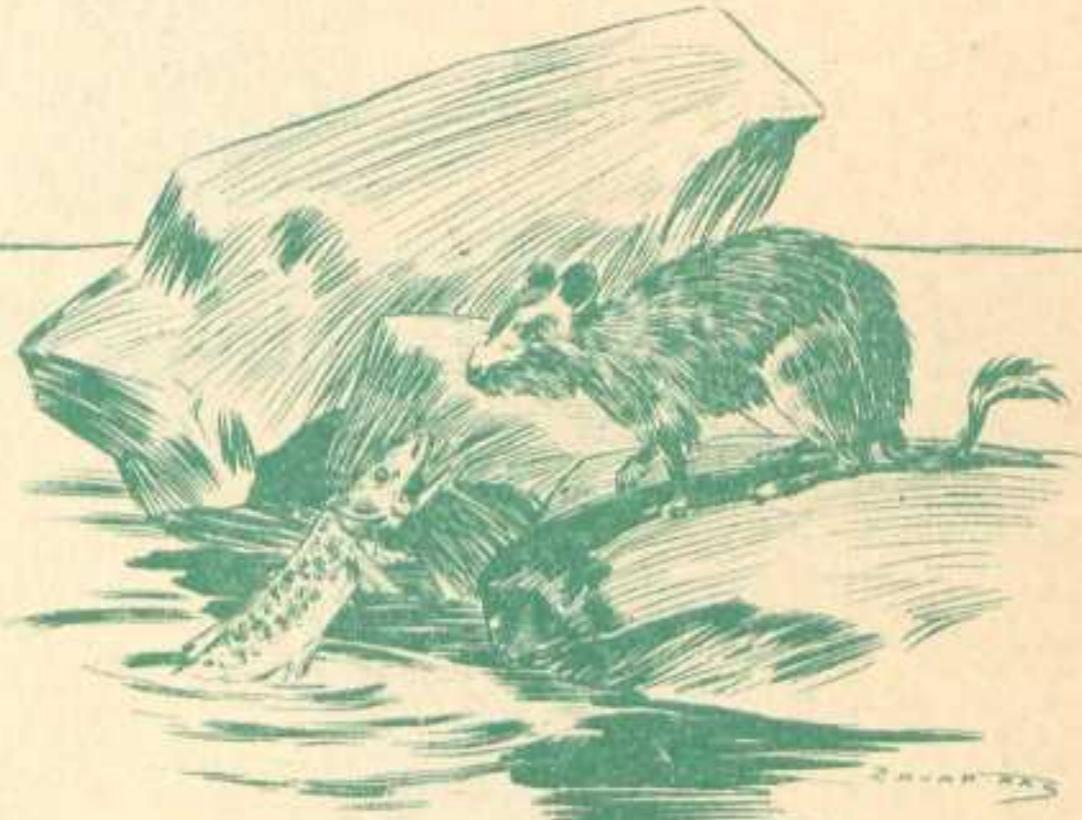
Después de los saludos acostumbrados entre gente decente, doña Viscacha le manifestó al Pejerrey cuánto sentía ver a tan gentil caballero condenado a vivir de modo tan cruel.

—Vivir en el agua, decía, ¡qué barbaridad! en esa cosa tan fría. ¿Y cómo es que no se ahoga Vd? y ¿qué es lo que come? y ¿dónde aloja a la familia? ¿Dónde está su cueva? Debe ser vida de grandes sufrimientos y de grandes penurias. ¡no es cierto?—le decía

—Señora, le contestó el pejerrey, agradezco el interés que V. me demuestra; pero no crea V. que la pasamos tan mal en el agua. No somos de los peor servidos. El agua le parece fría; para nosotros es apenas fresca. Tenemos en ella abundante mantención. Pocos enemigos nos persiguen y vivimos allí muy bien, señora. Y digame V. ¿es cierto que vive en una cueva?

—Como no!—dijo la viscacha.

—Esto, si, debe ser penoso, interrumpió el pejerrey. ¡Qué triste vida debe ser la de Vds., en oscuridad tan profunda! ¡no cambiaría con V., señora! y zambulléndose, dejó a la viscacha convencida de que, para ser feliz, cada cual tiene que vivir en su elemento.



III

### EL TORO Y LA ARGOLLA

Un toro, de abolengo regular, no más, había nacido con un genio temible. Desde chico, todo lo volteaba, en el tambo y en el pesebre: nadie se le podía acercar, y el amo, al verlo tan indomable, desesperaba de poderlo jamás preparar para la venta.



Dib. de Zavattaro

Pero se le ocurrió, un día, hacerle ver que todos los toros más finos del rodeo tenían de adorno una argolla en la nariz; y hasta le dejó entender, mintiendo, que era de oro, y que era la señal para distinguir a la torada decente de la de medio pelo.

El toro, que ya se disponía a cornejar, se contuvo, miró, observó y vió que era cierto, y se quedó quieto durante un rato para permitir que el amo le colocase a él también la argolla.

Cuando la tuvo puesta, quiso seguir embromando, pero sintió que de la argolla, a cada gesto, lo tironeaban y tanto le dolía que pronto tuvo que aflojar y someterse. La lisonja es un gran domador.

GODOFREDO DAIREAUX